

Francia y sobre todo en Valencia (de Francia), donde murió y donde yacen su corazón y sus entrañas, llevaba la Santísima Eucaristía sobre su pecho ó sobre el de alguno de los prelados domésticos que iban en su carruaje. De este augusto Sacramento sacaba luz para su conducta, fortaleza para sus padecimientos, y consuelo para sus dolores, ínterin llegase el momento de tener en ella el Viático para su eternidad. Yo soy poseedor, y de una manera cierta y auténtica, del coponcito que servía para un uso tan religioso, tan tierno y tan memorable; y me atrevo á ofrecérsele á Vuestra Santidad heredero del nombre, de la Silla, de las virtudes, del valor y casi de las tribulaciones del gran Pio VI; tal vez tengais en alguna estima esta modesta, pero interesante reliquia, que deseo y espero no haya de servir otra vez para su anterior destino. Sin embargo, ¿quién conoce los designios de Dios en las pruebas con que su Providencia purifica á Vuestra Santidad, por quien ruego con fé y con amor? Dejo el coponcito en la bolsita en que estaba y que servía á Pio VI; se halla absolutamente en el mismo estado que cuando iba colgada al pecho del inmortal Pontífice.—Conservo un precioso recuerdo y una profunda gratitud por las bondades de Vuestra Santidad cuando mi viaje á Roma el año pasado; dignaos ahora añadir á ellas vuestra bendición apostólica, que espero postrado á vuestros pies.—Valencia (de Francia) 15 de octubre de 1848.—PEDRO, obispo de Valencia.»

Al leer esta carta, y sobre todo al ver la preciosa reliquia que la acompañaba, el Papa creyó ver un aviso del cielo, y desde entonces ya no vaciló. Su evasión quedó concertada entre el duque de Harcourt, embajador de Francia, y el conde de Spaur, embajador de Baviera. También cupo su parte á la condesa de pau r: esta debía adelantarse hasta Albano,

acompañada de su hijo Maximiliano, y de su ayo el P. Liebel. El conde debía de situarse cerca de la iglesia de San Pedro y San Marcelino, para recibir allí en su carruaje al Papa y salir juntos de Roma. El duque de Harcourt debía ir al cuarto mismo del Papa para facilitarle el salir de palacio en un mal carruaje é irse á reunir con el conde de Spaur. Hizose segun se habia convenido. El 24 á las cinco de la tarde entró el duque en la habitación del Papa como si fuera á una audiencia. En seguida Pio IX se quitó sus hábitos ordinarios, que son blancos, se vistió de negro como un clérigo cualquiera, se puso unas gafas verdes, y salió por un corredor solitario, cuya puerta costó trabajo abrir. Entretanto el duque de Harcourt, que se habia quedado solo en el cuarto del Papa, leía en voz alta. A las siete se retiró, diciendo á los que estaban en la antecámara y á los guardias, que el Santo Padre se habia sentido indispuerto y metiéndose en la cama: en seguida subió en una silla de postas y marchó á Civita-Vecchia, á donde llegó á media noche, embarcándose en seguida en el *Tenare* para Gaeta.

El trabajo que costó abrir la puerta del corredor retrasó media hora la salida del Papa; así es que el conde de Spaur, que estaba esperando cerca de la iglesia de San Pedro y de San Marcelino, concibió vivos temores. No fueron menores los que tuvo la condesa en Albano, pues estaba allí esperando á su marido con el ilustre fugitivo para las tres de la tarde, y dieron las cinco, las seis y las siete sin que llegasen y sin recibir noticia alguna de su paradero.

«Entretanto, dice ella misma, nosotros que estábamos en Albano desde por la mañana, pasábamos horas muy tristes y angustiosas. Y digo nosotros, porque yo estaba con mi hijo y su ayo el P. Liebel. Jamás mi alma habia experimentado fantasmas mas terribles. Mi

pobre hijo, viéndome en un estado que habria escitado la compasion aun de un extraño, venia á cada momento á preguntarme la causa de tanta afliccion, y me instaba á que le dijese qué era lo que tanto me angustiaba; y yo, para aumento de pena, tenia que contenerme para no soltar palabra alguna que pudiera revelar el secreto que yo habia prometido guardar con fidelidad hasta el último momento, lo cual me obligaba á disimular delante de mi hijo como habia hecho con mi padre. Al fin Max (1) vino á mí, al salir de la iglesia de Nuestra Señora de la Estrella, donde decia habia entrado para pedir por su padre y por mí. Esta vez me suplicó con las lágrimas en los ojos le dijese qué peligro era el que amenazaba á su padre y que me causaba tanta pena. Yo le contesté que el conde se habia encargado de hacer salir de Roma con él un gran personaje, y que si por desgracia salia mal la empresa podia verse comprometido; y añadí que yo no tenia ni podia tener sosiego hasta verlos llegar á los dos sanos y salvos. Concluí encargándole, así como á su ayo, quien por lo que yo habia dicho se imaginó se trataba del cardenal secretario de Estado, que no manifestasen sorpresa alguna cuando reconociesen al fugitivo, y que se abstuviesen de manifestar curiosidad en su presencia.»

Al fin, despues de las nueve de la noche, en medio de la mas profunda oscuridad, la pobre señora recibió aviso de que su marido la estaba esperando en la villa de Aricia. Al momento marchó allá. Casi todas las linternas del carruaje estaban apagadas para que no pudiera ser conocido el personaje que en él iba á subir. Luego que llegó á la villa, la condesa reconoció á su marido en medio de un grupo de gendarmes, y detrás de él á un hombre vestido de negro, en pie y algo re-

costado en una empalizada que habia á la orilla del camino. En seguida le dirigió ella las siguientes palabras ya convenidas de antemano: «Doctor, subid en mi carruaje; vamos, subid pronto, porque no me gusta caminar de noche.» Entonces uno de los gendarmes abrió la portezuela y bajó el estribo del coche; subió el doctor, y el gendarme cerró la portezuela y se despidió deseándoles buen viaje y añadiendo que no tuvieran miedo porque el camino estaba completamente seguro.

Tenemos pues ya en camino á las diez de la noche á nuestros emigrados. El doctor, que era Pio IX, sentado á la izquierda en el fondo del carruaje, el P. Liebel en frente de él, la condesa á su derecha, y frente de ella su hijo. El conde y un criado habian subido á la trasera en el sitio destinado al efecto. La condesa, que aunque oriunda de Francia habia nacido en Roma, no pudo contener por mas tiempo su emocion y manifestó al Santo Padre sin pensar en las circunstancias en que estaban y sin reparar en que los demas pudieran comprenderla, cuánto trabajo le costaba fingir y qué de esfuerzos tenia que hacer para no postrarse de rodillas ante el augusto vicario de Jesucristo que además llevaba sobre su pecho la sagrada Eucaristía en la cajita ó coponcito que le habia enviado el obispo de Valencia de Francia. Pio IX respondió con afabilidad: «Estad tranquila, no temais, que Dios está con nosotros.»

En la primera parada, donde se mudaron tíros, se encendieron las luces del carruaje, y entonces el jóven Max y el P. Liebel, reconociendo al Santo Padre, se quedaron grandemente sorprendidos, y al momento cada cual se acurrucó en su rincon, anonadándose, por decirlo así, todo lo posible; pero la dulce piedad de Pio IX no tardó en tranquilizarles. Durante todo el camino no cesó de pedir á Dios por sus perseguidores y de rezar el oficio

(1) Abreviacion familiar de Maximiliano.

divino y otras oraciones con el P. Liebel. Cuando mas allá de Terracina se le dijo que ya estaba en la frontera de los dos Estados, derramó algunas lágrimas y rezó el *Te-Deum*. A una milla de Mola de Gaeta, dos personas abrieron la portezuela del lado donde iba el Papa, le cogieron las manos y se las besaron regándolas con sus lágrimas. Una de esas dos personas era el caballero Arnao, secretario de la embajada de España; y al ver la otra, el Santo Padre exclamó, cruzando sus manos, «os doy gracias, Señor, por haber condecido tambien aquí sano y salvo al buen cardenal Antonelli.»

Llegado que hubieron los ilustres fugitivos á Mola de Gaeta, se apearon todos en la posada llamada de Ciceron, que fué desde donde el 25 á las dos de la tarde envió Pio IX el conde de Spaur al rey de Nápoles con la carta que ya hemos visto. El Papa marchó á Gaeta con su comitiva. Su ánimo era darse á conocer confidencialmente al obispo Mons. Parisio, y pedirle hospitalidad por unos días. Desgraciadamente aquel mismo día había tenido que salir de la ciudad el piadoso obispo para ir á recibir el último suspiro de su hermano, antiguo ministro del rey de Nápoles. En el palacio episcopal no había nadie mas que un fiel criado napolitano, llamado Danielo, cuando el Papa y los que le acompañaban se presentaron allí insistiendo en que se les recibiese; pero Danielo, que no los conocía, les contestó que, en ausencia de su amo, él no podía acceder á sus deseos. En vano el cardenal Antonelli, insistiendo en la demanda, le dijo que Mons. Parisio tendría el mayor sentimiento cuando supiese que sus amigos habían sido rechazados de su casa; el fiel criado persistió en su negativa, añadiendo con impaciencia que él no tenía orden alguna sobre el particular. «Si nos conocieses, respondió el Santo Padre, ya te darías buena prisa á

recibirnos.» — «Cabalmente porque no os conozco, replicó Danielo, es por lo que no puedo recibirlos; por otra parte, el palacio de un obispo no es ninguna posada.» — «Yo soy muy conocido de Mons. Parisio.» — «Es posible; pero no lo sois mio, pues jamás os he visto; ya pues podeis ir á buscar posada en otra parte.» Y así diciendo el criado napolitano cerró bruscamente la puerta y se retiró murmurando de los que así le habían importunado.

Rechazada así del palacio episcopal la caravana apostólica fué á instalarse en una casita de ruin aspecto, llamada posada del Jardínillo, porque había uno delante de la puerta. Sobrevinieron tambien otros incidentes. El conde de Spaur, al salir para Nápoles, había cambiado su pasaporte con el del caballero Arnao, secretario de la embajada de España, cuyo carruaje llevaba. Luego que el Papa quedó instalado en la posada del Jardínillo, el caballero Arnao y el cardenal Antonelli fueron á casa del comandante de la ciudadela, que era un viejo general suizo, llamado Grosse. Este, habiendo leído en el pasaporte que le presentó Arnao el nombre del conde de Spaur, embajador de Baviera, tuvo un singular placer en poder dirigir la palabra en alemán al representante de una potencia alemana; pero en vez de responder á su interpelación, el español Arnao permaneció callado y en el mayor apuro: el bueno del comandante, figurándose que era el conde de Spaur con quien estaba hablando y que tal vez este fuese algo sordo, repitió sus anteriores palabras levantando mucho la voz. Entonces el caballero Arnao contestó que habiendo sido educado en Francia y casándose desde entonces con una señora romana, había olvidado su lengua hasta el punto de no entender ya una palabra de ella. Entonces el comandante se volvió al cardenal, que se imaginaba sería

el secretario del conde, y viendo que tampoco le contestaba una palabra, quedó enteramente sorprendido de que de dos representantes de una nacion extranjera ni uno siquiera entendiese la lengua de esa misma nacion que representaban, y vino al pensamiento que los tales extranjeros podian muy bien ser dos espías de los romanos rebeldes, que hubiesen ido para examinar el estado de la fortaleza, sin embargo, como era tan fino y atento como vigilante, les permitió permanecer en la ciudad y los despidió; pero al mismo tiempo dió orden á un oficial y á un juez de paz de que estuviesen á la mira de los huéspedes del Jardínillo.

Despues que el Papa hubo tomado algun alimento en su cuarto, sus compañeros de viaje se pusieron á la mesa en una pieza contigua. Iban ya á levantarse, cuando ven venir al juez y al oficial. Al momento el P. Liebel corrió á echar la llave del cuarto donde estaba el Papa á quien dejó encerrado; y «nosotros, dice la condesa en su relacion, es decir, el cardenal, el P. Liebel, el caballero Arnao, mi hijo Maximiliano y yo hicimos un corro en el comedor y allí recibimos al juez y al oficial. Allí cada cual, segun Dios le daba á entender, procuraba ocultar nuestro secreto que los dos observadores trataban de averiguar.... Ya el juez iba á marcharse, cuando el oficial que hasta entonces habia permanecido silencioso y en pié detrás de mi silla, me pidió permiso para hablar, y entrando en seguida en materia y sin andarse con preámbulos sale de rondon diciendo que en el pais corria la voz de que entre nosotros se hallaban disfrazados dos cardenales. A esto contesté yo sin vacilar, que ya habia podido reconocer en mí uno de esos dos personajes, pues que yo realmente lo era, y que así ya no faltaba mas que buscar el otro entre mis compañeros de viaje para tener la seguridad de haber descubierto ya á los

dos. Con este chiste, acompañado de las carcajadas de los allí presentes, pusimos fin á la visita del juez y del oficial.»

El 26 que era domingo, los compañeros del Papa habian ido á la iglesia á las seis de la mañana para oír misa, y allí se presentó el oficial en busca del caballero Arnao, tomándole siempre por el enviado de Baviera, y le dijo que el embajador de Francia, que aquella noche habia llegado de Roma en un buque de vapor, deseaba verle. Marcharon juntos y se dirigieron al vapor que era el *Tenare*, cargado con el bagaje y la comitiva del Papa. Al verlos, ignorando absolutamente el embajador la marcha del conde para Nápoles y el cambio de pasaportes, llamó por su verdadero nombre al señor Arnao, y esto en presencia del comandante Grosse, que habia ido allí en cumplimiento de su deber. El secretario de la embajada de España, viendo la sorpresa y turbacion que las palabras del embajador de Francia producian en el comandante, se acercó á él y le rogó le disimulase por haberse presentado con el pasaporte del ministro de Baviera, porque habiendo tenido este que ir á toda prisa á Nápoles de orden del Papa, y habiéndose separado de su familia, que quería ver á Gaeta, habian tenido que cambiar de pasaportes para que el uno pudiese entrar libremente en Nápoles y los otros fuesen admitidos en la plaza.

«Entonces, añade la condesa de Spaur, le preguntó el comandante si yo era la verdadera condesa de Spaur, y habiéndole contestado que sí, los dos vinieron á buscarme á la posada á donde yo habia ya vuelto de la iglesia con mi hijo y el cardenal. El comandante se empeñó en que todos juntos fuésemos á tomar chocolate á su alojamiento; y habiendonos obligado á ello con sus ruegos é instancias, aceptamos su invitacion y nos llevó á su habitacion que está en el piso bajo del

pequeño pabellon del rey. Habiendo dado orden á uno de su familia para que trajese lo que habia menester para servirnos el desayuno por sí mismo, comenzó á hacernos mil preguntas sobre las cosas de Roma, á informarse minuciosamente de todo y en especial del motivo de la mision de mi marido. Habiendo sin duda llegado á comprender por vuestras respuestas que pudiera muy bien suceder que el Papa viniese á habitar en aquella fortaleza, se apresuró á enseñárnosla toda para probarnos que si Su Santidad venia á Gaeta, estaria bastante bien, al menos en punto á alojamiento. Habiendo vuelto á su cuarto, y en el momento en que empezó á rallar su chocolate vinieron á él uno tras otros tres mensajeros; anunciándole, primero, que se veian en el mar buques con pabellon napolitano; despues, que se percibia la señal de venir en ellos tropas; y en fin, que venia en ellos una persona de la Real familia. Era de ver la sorpresa del buen general, que desde la noche anterior no veia sino cosas y sucesos absolutamente nuevos é inesplicables. Salia fuera de sí, y todo se le volvia preguntar é informarse. «Pero, señor, ¿qué significa lo que está pasando? ¿qué viene á hacer aqui esa tropa que yo no he mandado venir? Y luego ¿qué persona Real es la que viene á Gaeta?» Mientras estas y mil otras ideas cruzaban por su cabeza, se le presenta un oficial diciéndole que el rey estaba desembarcando. Oir esto, dejar el chocolate y correr al puerto para asistir al desembarque del rey, fué cosa de un instante, y mas tarde yo en contarle que lo que se tardó en hacerlo.»

La una de la tarde seria cuando el rey y las personas de su comitiva arribaron á Gaeta. Apenas saltó en tierra el rey y vió al comandante ó gobernador de la plaza, le dijo: «General, ¿dónde está el Papa?» — «Señor, yo creo que el Papa está en Roma; pero que lle-

gará.» — «¿Cómo, repitió el rey, hace veinticuatro horas que está el Papa en Gaeta, y todavia lo ignorais?» Entonces el caballero Arnao, que se encontraba allí con el cardenal Antonelli, se adelantó para hablar al rey y darle una esplicacion clara y conveniente de lo ocurrido, y le dijo que el Papa se hallaba todavia de incógnito y oculto en la posada del Jardinillo.

El rey encargó al cardenal y al Sr. Arnao llevasen secretamente el Papa al pabellon Real, mientras él por su parte iria á él á pie por otro camino para distraer á los curiosos y evitar se obstruyese el paso al Santo Padre.

Hizose así, y el Papa, visto de muy poca gente, llegó al palacio como un simple eclesiástico; pero en la escalera se encontró ya puestos de rodillas al rey, á sus tres hermanos, su cuñado D. Sebastian, de España, la reina, la familia Real, toda la corte, llorando de ternura y alegría y bendiciendo á Dios porque al fin se habia dignado poner término á las tribulaciones de su Vicario.

Aqui es, concluye la condesa de Spaur que fué testigo ocular, aqui es donde comienza el noble relato de los actos, verdaderamente piadosos con que el rey Fernando de Nápoles honró al Santo Padre en los diez y siete meses que duró el voluntario destierro del Pontífice; actos en los que no es fácil decir qué hubo mas digno de admiracion y de alabanzas, si la piedad del hombre que compadece la desgracia de otro hombre y le consuela en cuanto puede, ó la magnificencia del príncipe que, sin reparar en sacrificio alguno, no omite nada para hacer casi desaparecer en otro príncipe las penalidades del destierro; ó en fin, el respeto del cristiano fervoroso que no viendo en las tribulaciones del Pontífice otra cosa que las injurias hechas á la Religion en la persona del Vicario de Dios, se humilla en expiacion de tantas enormidades cometidas por los

enemigos del cielo, y se prosterna por ellos á los pies de Nuestro Señor. Diríase que en el corazon de este rey cristiano las virtudes del príncipe católico y las del hombre privado van á porfia; porque se manifestó y se condujo como el soberano mas sensible, mas magnífico y mas piadoso de cuantos se conservan los nombres en la memoria de los hombres (4).

Entretanto la revolucion romana continuaba copiando á las demas revoluciones hasta en la profesion de sus principales corifeos. El de la revolucion francesa fué el abogado Robespierre; el de la revolucion italiana es el abogado Mazzini, y uno de los de la de Roma será el abogado Armellini, el cual pronunciaría el destronamiento del Papa como soberano temporal. Armellini, abogado consistorial, habia prestado seis juramentos de fidelidad al Papado, y aun en honor de este habia compuesto un soneto notable cuya traduccion es la siguiente: «Yo me encontré al Tiempo y le pedí cuenta de tantos imperios, de aquellos reinos de Argos, de Tebas, de Sidon y de tantos otros que les habian precedido y que les siguieron. Por toda respuesta, el Tiempo sacudió á su paso pedazos de púrpura y de mantos Reales, armaduras hechas trizas, restos de coronas, y arrojó á mis pies mil cetros hechos añicos. — Preguntéle entonces qué seria de los tronos de hoy. — Lo que fué de los primeros, me respondió agitando su guadaña que todo lo nivela bajo sus desapiadados golpes; lo que fué de los primeros, eso será de los demas. Preguntéle si al trono de San Pedro le estaba reservada la misma suerte de todas esas cosas.... Y se calló, y en lugar del Tiempo fué la Eternidad quien se encargó de dar la respuesta.»

(1) *Relacion del viaje de Pio IX á Gaeta*: por la condesa de Spaur. Paris, 1852.

Algun tiempo despues de la salida del Santo Padre, Armellini, hecho traidor á sus juramentos y ministro de lo Interior, daba una comida á los principales gefes de la revolucion. Su muger, que continuamente le estaba diciendo: «Abogado consistorial, ¿qué has hecho de tus juramentos?» su muger, decimos, se retiró á sus habitaciones interiores por no contaminar sus miradas, segun ella decia, con la vista de los Sterbini, Mamiani, Galetti y otros. Estaban estos preguntando la causa de su ausencia, cuando de repente se abre la puerta y aparece la muger de Armellini, pálida, con los ojos centelleantes, con ademan amenazador y en la mano un papel enrollado, y levantando la voz les dice: «¡Todos sois unos malditos! Temed los castigos de Dios, vosotros que con desprecio de vuestros juramentos, ya que no le podeis matar, habeis expulsado á su ministro. Temed la ira divina; Pio IX desde el fondo de su destierro apela á Dios contra vosotros; escuchad su sentencia;» y desarrollando lentamente el papel que tenia en la mano, leyó en alta voz, con firme entonacion, y dando á cada palabra la acentuacion y espresion conveniente, el decreto del Santo Padre que contenia la amenaza de excomunion.

Esta lectura cayó como un rayo sobre los convidados. La muger de Armellini, despues de un instante de silencio, continuó diciendo: «¿Lo habeis oido, señores? Suspendido está sobre vuestras cabezas y pronto á caer sobre ellas el brazo vengador del que nadie puede escaparse; pero aun es tiempo: la voz de Dios por boca de su Vicario no ha fulminado todavia contra vosotros la sentencia terrible. En nombre de vuestra felicidad en este mundo y de vuestra eterna salvacion en el otro, arrojaos en los brazos de su misericordia; la copa de las iniquidades se está llenando en vuestras manos; tiradla y hacedla pedazos an-

tes que rebose.» Y así diciendo, aquella mujer, exaltada con santa indignación, acercóse á su marido, echó delante de él sobre la mesa el decreto del Santo Padre, y en seguida se retiró (1).

En 9 de febrero de 1849, dos meses y medio despues del asesinato del ministro Rossi, los abogados perjuros Armellini, Galtti y otros como ellos, decretaron sacrilegamente en su revolucionaria constituyente que el Papado quedaba privado de hecho y de derecho del gobierno de los Estados romanos; que el Romano Pontífice tendria todas las garantías necesarias de independencia en el ejercicio de su potestad espiritual; y que la forma de gobierno del Estado romano seria la democracia pura y tomaria el glorioso nombre de República romana.

El 6 de marzo llegó á Roma el abogado Mazzini, nombrado diputado, y dijo en plena asamblea: «Hasta aquí hemos venido atravesando una época de mentira, durante la cual gritaban unos *viva á aquel* con quien no tenían simpatía alguna, y gritaban de ese modo porque creían poder servirse de él; una época de disimulación durante la cual ocultaban los otros sus designios, porque pensaban que aun no era llegada la hora de revelarlos.» Por manera que, según confesión del jefe de las sociedades secretas, el plan de los nuevos reformadores es la mentira y la hipocresía. Cuando gritaban: *Viva Pio IX*, era una mentira; ahora que gritan: *Viva el pueblo romano*, es también una mentira, porque ya nos han dicho de antemano que el pueblo es incapaz de gobernarse á sí mismo y que debe ser regenerado con una mano de hierro.

Mas tarde dijeron en una proclama oficial: «La república ha sido levantada sobre los restos del trono de los Papas, que el grito de

(1) *Balleydier*, t. 1, p. 332 y siguientes.

toda la Europa, la maldición de todos los pueblos civilizados y el espíritu del Evangelio han derribado y reducido á polvo.» Esta mentira, mas enorme que todas las demas y copiada del monge apóstata Lutero, ha sido desmentida solemnemente, no solo por la Europa, sino por el universo entero, no solo por los pueblos civilizados, sino también hasta por aquellos que apenas acaban de salir de la barbarie. Nunca quizá ha habido un acuerdo tan universal por sostener y defender aquella Silla que una partida de facciosos queria efectivamente reducir á polvo. A medida que se iba divulgando la noticia de las atrocidades cometidas en Roma contra el Papa, conmoviábase los pueblos y las naciones y prorumpían en sentimientos de compasión y de obediencia para con él, y de horror y de indignación contra sus perseguidores. Casi todos los soberanos y príncipes de Europa escribieron á Pio IX las cartas mas afectuosas, prometiéndole adhesión, ayuda y defensa. Cuatro potencias católicas, con el consentimiento de las demas, reunieron sus tropas para espulsar de Roma y del Estado romano los rebeldes y restituir al Pontífice sus dominios. Los mas elocuentes oradores sostuvieron en las asambleas de España y de Francia el derecho de la Santa Sede, la necesidad y utilidad de la total independencia del Romano Pontífice, así para el gobierno de sus Estados como para el ejercicio de su potestad espiritual. Al mismo tiempo, con aprobación de las autoridades eclesiásticas y civiles, se establecieron en todas partes numerosas asociaciones para recojer ofrendas, á fin de proveer á las necesidades del Soberano Pontífice; y estas asociaciones se propagaron no solamente en toda Europa, sino también en las dos Américas, en la India, en Filipinas y en la China. Todos querían contribuir, según sus facultades, y los mas pobres se contemplaban felices, como la viuda del Evangelio,

en ofrecer su óbolo, que era el fruto de sus sudores y la economía de su pobre sustento. Una pobre mujer, que con su frugalidad habia podido llegar á reunir una moneda de oro, la envió en una carta, suplicando se le entregase al Papa. Otra, de la misma condicion, ofreció sus dos modestos pendientes que ella tenia guardados como una joya. Mas tierno es todavía el hecho de unos jóvenes artesanos, muy pobres de fortuna, que economizando cada dia alguna cosa pudieron llegar á reunir la modesta suma de treinta y cinco francos (siete napoleones) y se los enviaron á los gefes de la asociación con una carta de las mas tiernas. En ella decían: «Mas si nuestras voces pudieran llegar en este momento hasta el Santo Padre, postrados á sus pies querriamos hablarle todos juntos de la manera siguiente: este es para nosotros el dia mas feliz. Somos una reunion de jóvenes que miran como su mayor honor el poder dar una muestra de su veneración á Vuestra Santidad; protestan ser vuestros mas afectos hijos, y á pesar de los esfuerzos de los malévolos para alejarnos de la unidad católica, declaramos reconocer en Vuestra Santidad al sucesor de San Pedro, vicario de Jesucristo, al cual quien no está unido se pierde eternamente. Declaramos estar íntimamente persuadidos de que quien está separado de vos no puede pertenecer á la verdadera Iglesia; nosotros estamos prontos á sacrificar todo cuanto tenemos y hasta la misma vida para mostrarnos dignos hijos de tan tierno Padre.» Al ver estas demostraciones de adhesión, el corazón paternal de Pio IX no pudo contenerse; de sus ojos brotaban á menudo lágrimas de ternura al considerar el interés que se tomaban por él tantos de sus amados hijos, á quienes ni siquiera podia responder, porque las mas de las veces no daban su nombre y permanecían estos enteramente secretos é ignorados.

Además del *dinero de San Pedro*, recojido en todas las partes del mundo para con él acudir al socorro del Romano Pontífice, lo que también fué soberanamente glorioso para la Iglesia perseguida es la multitud de cartas y de exposiciones, manifestando una sumisión filial y la mas sincera adhesión, que en su destierro de Gaeta recibió de los obispos, de las comunidades eclesiásticas, de las congregaciones religiosas, de todos los órdenes de fieles, ya privada, ya colectivamente y firmando en un mismo papel hasta seis, ocho y once mil personas. Este es un nuevo triunfo de que la Iglesia puede gloriarse á despecho de sus adversarios. Para protegerla y ensalzarla se ha servido Dios de los mismos medios con que sus enemigos pretendían humillarla y deprimirla. A fin de transmitir á la posteridad una prueba visible de este hecho, se imprimió en Nápoles en dos volúmenes en 4.º una colección escogida de esas cartas y exposiciones, con el título de *El universo católico á Pio IX, Soberano Pontífice, desterrado en Gaeta, de 1848 á 1850.*

De aquí aparece bien claro que en el siglo XIX la Iglesia católica es la misma que en los primeros dias. Los hechos de los Apóstoles nos refieren que cuando San Pedro fué preso por Herodes, la Iglesia dirigía á Dios continuamente oraciones por él, y que cuando fué milagrosamente libertado por el ángel, los fieles se regocijaron tanto por ello como si cada uno, en la persona de Pedro, se hubiese librado personalmente de las manos del tirano. Lo mismo ha sucedido en nuestros dias; no hay mas diferencia sino que esta vez los ángeles del libertamiento han sido los príncipes y las naciones católicas: ¡Honor infinito á ellos y á ellas!

El Austria aparece la primera. En una nota dirigida á las demas potencias decía: «El mundo católico está en el derecho de reclamar